

ANEXO

1. Figuras

Figura 1: *Liber divinorum operum*, parte primera, visión primera.



Figura 2: Frontispicio de la obra *Scivias*



Figura 3: “El alma en su tabernáculo”, *Scivias*, parte primera, visión cuarta.



Figura 4: *Scivias*, parte primera.



Figura 5: *Scivias*, parte tercera, segunda visión.

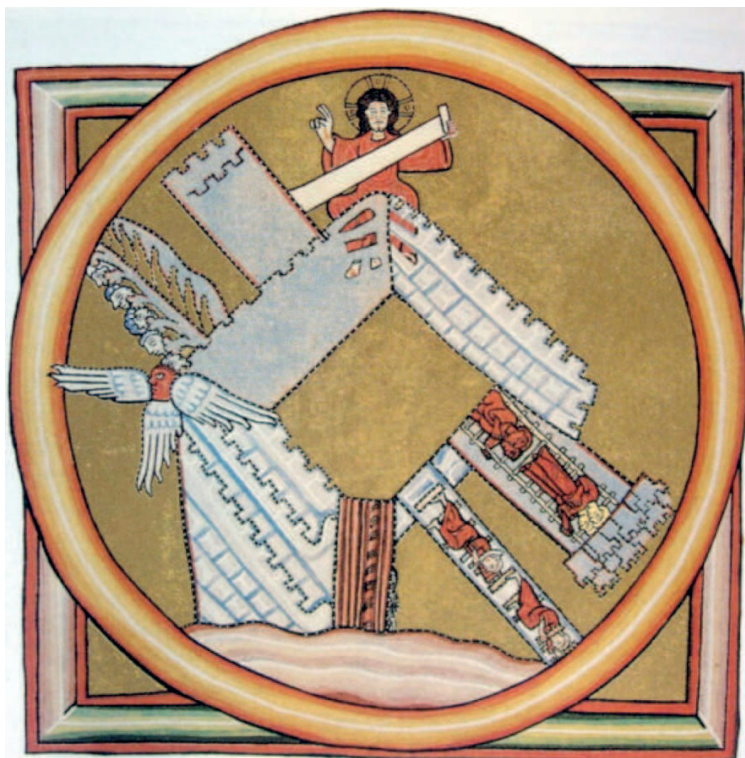


Figura 6: *Scivias*, parte tercera.



Figura 7: *Liber divinorum operum*, parte primera, visión segunda.



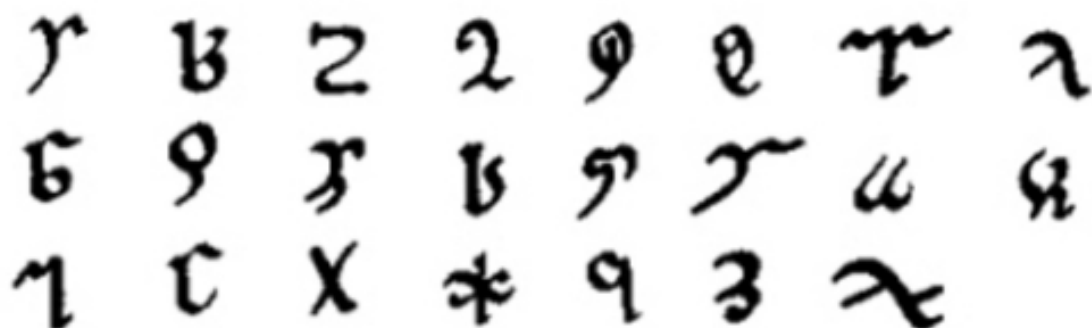
Figura 8: *Scivias*, parte tercera, visión undécima.



Figura 9: Scivias, parte primera, visión segunda.



Figura 10: Litterae ignotae



-Brooklynmuseum.org. *Brooklyn Museum: Hildegard of Bingen*. [online] Disponible en: https://www.brooklynmuseum.org/eascfa/dinner_party/place_settings/hildegard_of_bingen/ [Último acceso 2 Sep. 2016].

Figura 11: *Scivias*, parte primera, visión tercera.



Figura 12: *Scivias*, parte primera, visión sexta.

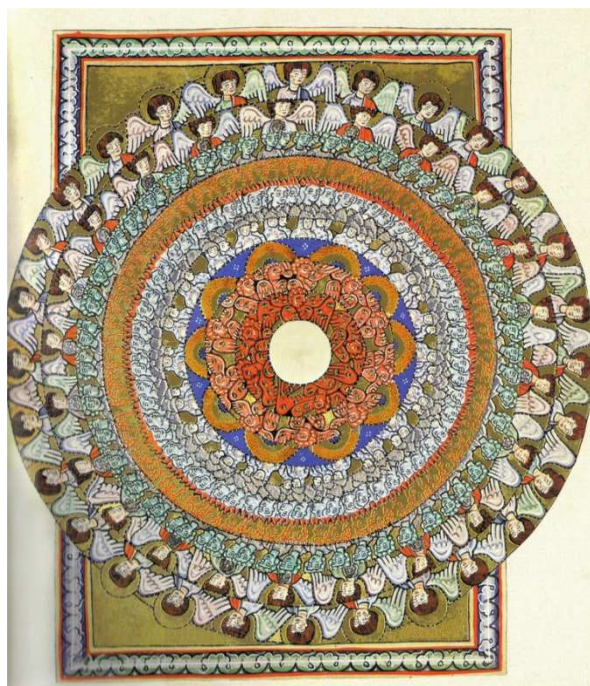


Figura 13: *The dinner party*, Judy Chicago.



-Brooklynmuseum.org. *Brooklyn Museum: Hildegard of Bingen*. [online] Disponible en: https://www.brooklynmuseum.org/eascfa/dinner_party/place_settings/hildegard_of_bingen/ [Último acceso 2 Sep. 2016].

Figura 14: *The dinner party*, “Hildegard von Bingen”, Judy Chicago



-Brooklynmuseum.org. *Brooklyn Museum: Hildegard of Bingen*. [online] Disponible en: https://www.brooklynmuseum.org/eascfa/dinner_party/place_settings/hildegard_of_bingen/ [Último acceso 2 Sep. 2016].

Figura 15: Monasterio de Disibodenberg



-Hotel-burgblick.de. (2016). *Bad Sobernheim*. [online] Disponible en: <http://hotel-burgblick.de/de/umgebung/ausflugsziele/bad-sobernheim> [Último acceso 2 Sep. 2016].

Figura 16: Monasterio de Eibingen, *Benediktinerinnenabtei Sankt Hildegard*



-Abtei-st-hildegard.de. *Benediktinerinnenabtei St. Hildegard - BENEDIKTINERINNENABTEI ST. HILDEGARD*. [online] Disponible en: <http://www.abtei-st-hildegard.de/> [Último acceso 2 Sep. 2016].

2. Textos

1. Carta de Hildegard a Bernardo de Claraval (Cirlot, 1997, pp. 123-125):

"Oh venerable padre Bernardo que te encuentras milagrosamente en grandes honores por la fuerza de Dios, debes de ser el temor de la ilícita necedad de este mundo. A ti, que lleno de excelso afán has cogido a los hombres en ardiente amor al Hijo de Dios con el estandarte de la santa cruz para combatir como milicia cristiana la violencia de los paganos, te ruego por Dios vivo que me oigas a mí, que te interrogo.

Padre, estoy angustiada por una visión que se me aparece en el espíritu santo como misterio, pues nunca la vi con los ojos exteriores de mi carne. Yo, miserable de mí y aún más miserable en nombre femenino, vi desde mi infancia grandes maravillas que mi lengua no podría relatar si el Espíritu de Dios no me hubiera enseñado a creer.

Dulce padre lleno de certeza, respóndeme con tu bondad, a mí, indigna sierva tuya, que nunca desde la infancia he vivido segura ni una hora. Con tu piedad y sabiduría escruta en tu alma tal y como has sido enseñado por el Espíritu Santo, y ofrece el consuelo de tu corazón a tu sierva.

Conozco el sentido interior de la exposición del Salterio, del Evangelio y de otros volúmenes, que me ha sido mostrado en esta visión. Como una llama ardiente conmovió mi pecho y mi alma enseñándome lo profundo de la exposición. Pero no me enseñó las letras que desconozco en lengua alemana. Sólo sé leer en simplicidad y no descomponer el texto. Respóndeme qué te parece esto. Soy un ser indocto que no ha recibido enseñanza alguna de temas exteriores. He sido instruida en el interior de mi alma. Por eso hablo entre dudas. Pero me sentí consolada al oír de tu sabiduría y de tu piedad. No me he atrevido a decir esto a nadie, pues, según oigo decir, hay muchos cismas entre los hombres; tan sólo a un monje al que probé y que me examinó en el trato monacal. A él le mostré todos mis secretos y me consoló con la certeza de que eran sublimes y dignos de ser temidos.

Por amor de Dios, quiero que me consoléis, padre, y estaré segura. Te vi hace más de dos años en aquella visión como un hombre que miraba al sol con audacia y no tenía miedo. Y lloré, pues mucho enrojeczco y soy cobarde. Dulce y buen padre, me he puesto en tu alma, para que me reveles por tu palabra si quieres que diga esto públicamente o

que guarde silencio, pues gran trabajo tengo con esta visión y no sé hasta qué punto puedo decir lo que vi y oí [...]"

2. Respuesta de Bernardo de Claraval a Hildegard (Cirlot, 1997, p. 125):

"A la amada en Cristo, la hija Hildegard, el hermano Bernardo, llamado abad de Clairvaux, si algo puede la oración de un pecador.

Aunque pareces sentir nuestra exigüidad de un modo muy diferente al que nos dice nuestra propia conciencia, consideramos que eso sólo lo debemos imputar a tu humildad. De ningún modo he pasado por alto responder a tu carta de caridad, aunque la cantidad de obligaciones me fuerza a hacerlo con mayor brevedad de la que quisiera.

Nos alegramos por la gracia de Dios que hay en ti. En lo que a nosotros respecta te exhortamos y conjuramos a que te afanes en responder a la gracia que tienes con toda humildad y devoción, sabiendo que Dios resiste a los soberbios y otorga su gracia a los humildes. Por lo demás, ¿qué podemos aconsejar o enseñar donde hay un conocimiento interior y una unción que todo lo enseña? Más bien te rogamos y pedimos humildemente que nos tengas junto a Dios en la memoria y también a aquellos que están unidos a nosotros en la comunidad espiritual en Dios."

3. Carta de Hildegard a Richardis (Dronke, 1995, pp. 217-218):

"Escucha, hija, a tu madre espiritual, que te dice: mi dolor aumenta. El dolor mata la gran confianza y el consuelo que tenía en una persona. Desde ahora, diré: "mejor es refugiarse en el Señor que confiar en magnates". O sea, que el hombre debería mirar hacia el que vive en las alturas sin que amor alguno o falta de confianza le hagan una sombra como la que el etéreo humor de la tierra da por breve tiempo. Quien contempla así a Dios es como el águila que fija su mirada en el sol. Y por eso no debe uno prestar atención a las grandes personas, que se eclipsan igual que se marchita una flor. Yo incumplí esto por el amor de una noble persona. Ahora te digo que siempre que he pecado de este modo, Dios me ha mostrado ese pecado bien con angustias, bien con dolores, y así ha sucedido ahora por tu causa, como tú misma sabes. Ahora te digo otra vez: ¡Ay de mí, madre! ¡Ay de mí, hija! ¿Por qué me has abandonado y dejado huérfana? Yo amaba la nobleza de tu talante, tu sabiduría y tu castidad, y tu espíritu y todo tu ser, hasta el punto que muchos me decían. ¿Qué haces? Ahora, que lloren

conmigo todos aquellos que sufren un dolor semejante al mío, quienes sintieron un afecto en su corazón y su alma tan grande como el que yo he sentido por ti, por una persona que les fue arrebatada en un instante, como tú lo fuiste para mí. Pero que el ángel de Dios te guíe y que el Hijo de Dios te proteja y que la madre de este te guarde. Acuérdate de tu pobre madre Hildegard; que no te abandone la felicidad.”

4. Fragmento: Hildegard von Bingen, *Scivias* (Cirlot, 2005, p. 172):

“Quienes me habían capturado me golpearon con sus puños, y hube de comer con los cerdos. Y enviándome a un páramo, me dieron de alimento unas hierbas muy amargas, untadas con miel. Luego, colocándome en un lagar, gran quebranto me infligieron. Después me arrancaron mis vestidos, y tras hacerme muchas heridas, me soltaron como ciervo ante una jauría: rabiosos y venenosos reptiles, serpientes escorpiones, víboras y otros semejantes me persiguieron hasta apresarme. Me clavaron sus colmillos y aguijones, hasta empaparme toda con sus venenos, con tal furia que adolecí.”

5. Fragmento: Hildegard von Bingen, *Liber operum divinorum* (Góngora, 2005, pp. 382-383)

“...Miré a lo alto hacia la luz verdadera y viviente [para saber] qué debía escribir; puesto que todo lo que había escrito desde el principio de mis visiones o todo lo que de allí en adelante sabía, lo vi en los misterios celestes, vigilante en cuerpo y alma, con los ojos interiores de mi espíritu y lo oí con los oídos interiores y no en sueños ni en éxtasis, así como [lo] mencioné en mis primeras visiones, y no todo lo que percibí desde el entendimiento humano lo percibí con la verdad como testigo, sino que percibí aquello que [está] en los misterios celestes”

6. De Tenswich von Andernach a Hildegard (Cirlot, 1997, pp. 135-136, fragmento):

“Ha llegado algo hacia nosotras algo insólito acerca de una costumbre vuestra, y ésta era que vuestras vírgenes estaban en las iglesias los días de fiesta cantando salmos con los cabellos sueltos, y que como adorno llevaban unos velos de seda de un blanco resplandeciente hasta el suelo, y sobre sus cabezas unas coronas de oro con cruces a cada lado y detrás, y en la frente la figura de un cordero muy bien grabada. También llevaban en los dedos anillos de oro, y todo esto a pesar de que el primer pastor de la Iglesia lo prohibiera en una epístola al advertir y decir: “Así mismo que las mujeres,

vestidas decorosamente, se adornen con pudor y modestia, no con trenzas ni con oro o perlas o vestidos costosos” (1 Tim 2, 9)”

Respuesta de Hildegard a Tenswich von Andernach (Cirlot, 1997, pp. 136-137-138, fragmento):

“La fuente viva dice: la mujer se mantiene oculta en la habitación con gran vergüenza, pues la serpiente le insufló grandes peligros de una horrible lascivia. ¿De qué manera? La forma de la mujer relampagueaba y resplandecía en la primera raíz de lo que está formado aquello en que se oculta toda criatura. ¿De qué manera? De dos: por ser obra experimentada de los dedos de Dios, y por su belleza superior (...) La mujer no debe crecerse en sus cabellos, ni adornarse ni llamar la atención con coronas ni cosas de oro, si no es por voluntad de su marido (...) Pero todo esto no tiene nada que ver con la virgen. Ella se encuentra en la simplicidad y la integridad de la belleza del paraíso (...). Las vírgenes están unidas en el Espíritu Santo de la santidad y en la aurora de la virginidad. De ahí que se apropiado que vayan junto al sumo sacerdote como holocausto ofrecido a Dios. Por ello es justo que la virgen lleve un vestido blanco resplandeciente, con el permiso y por la revelación en misterioso aliento del dedo de Dios, que es claro significado de su boda con Cristo. Debe atender a que su espíritu esté solidificado por la pureza considerando quién es Aquel al que está unida.”

7. Carta apostólica: *Santa Hildegarda de Bingen, Monja Profesa de la Orden de San Benito, es proclamada Doctora de la Iglesia universal*, BENEDICTO PP. XVI.

«Luz de su pueblo y de su tiempo»: con estas palabras el beato Juan Pablo II, nuestro venerado predecesor, definió a santa Hildegarda de Bingen en 1979, con ocasión del 800º aniversario de la muerte de la mística alemana. Y verdaderamente, en el horizonte de la historia, esta gran figura de mujer se perfila con límpida claridad por santidad de vida y originalidad de doctrina. Es más, como para toda auténtica experiencia humana y teologal, su autoridad supera decididamente los confines de una época y de una sociedad y, a pesar de la distancia cronológica y cultural, su pensamiento se manifiesta de perenne actualidad. [...]

En sus numerosos escritos Hildegarda se dedicó exclusivamente a exponer la divina revelación y hacer conocer a Dios en la claridad de su amor. La doctrina hildegardiana

se considera eminente tanto por la profundidad y la corrección de sus interpretaciones como por la originalidad de sus visiones. Los textos por ella compuestos aparecen animados por una auténtica «caridad intelectual» y evidencian densidad y frescura en la contemplación del misterio de la Santísima Trinidad, de la Encarnación, de la Iglesia, de la humanidad, de la naturaleza como criatura de Dios que hay que apreciar y respetar.

Estas obras nacen de una experiencia mística íntima y proponen una incisiva reflexión sobre el misterio de Dios. El Señor le había hecho partícipe, desde niña, de una serie de visiones cuyo contenido ella dictó al monje Volmar, su secretario y consejero espiritual, y a Richardis de Strade, una hermana monja. Pero es particularmente iluminador el juicio dado por san Bernardo de Claraval, que la alentó, y sobre todo por el Papa Eugenio III, quien en 1147 la autorizó a escribir y a hablar en público. La reflexión teológica permite a Hildegarda tematizar y comprender, al menos en parte, el contenido de sus visiones. Además de libros de teología y de mística, compuso también obras de medicina y de ciencias naturales. Numerosas son igualmente las cartas —cerca de cuatrocientas— que dirigió a personas sencillas, a comunidades religiosas, a papas, obispos y autoridades civiles de su tiempo. Fue también compositora de música sacra. El *corpus* de sus escritos, por cantidad, calidad y variedad de intereses, no tiene comparación con ninguna otra autora del medioevo. [...]

En virtud de la fama de santidad y de su eminente doctrina, el 6 de marzo de 1979 el señor cardenal Joseph Höffner, arzobispo de Colonia y presidente de la Conferencia episcopal alemana, junto a los cardenales, arzobispos y obispos de esta Conferencia, entre quienes nos contábamos también Nosotros como cardenal arzobispo de Munich, sometió al beato Juan Pablo II la súplica, a fin de que Hildegarda de Bingen fuera declarada Doctor de la Iglesia universal. En la súplica el eminentísimo purpurado ponía en evidencia la ortodoxia de la doctrina de Hildegarda, reconocida en el siglo XII por el Papa Eugenio III, su santidad constantemente advertida y celebrada por el pueblo, la autoridad de sus tratados. A tal súplica de la Conferencia episcopal alemana, en los años se añadieron otras, primera entre todas la de las monjas del monasterio de Eibingen, a ella dedicado. Al deseo común del Pueblo de Dios para que Hildegarda fuera oficialmente proclamada santa, por lo tanto, se añadió la petición de que fuera también declarada «Doctor de la Iglesia universal».

Con nuestro asentimiento, así, la Congregación para las Causas de los Santos diligentemente preparó una *Positio super canonizatione et concessione tituli Doctoris Ecclesiae universalis* para la Mística de Bingen. Tratándose de una renombrada maestra de teología, que ha sido objeto de muchos y autorizados estudios, concedimos la dispensa de lo dispuesto en el art. 73 de la Constitución Apostólica *Pastor bonus*. El caso fue examinado con resultado unánimemente positivo por los Padres Cardenales y Obispos reunidos en la Sesión Plenaria del 20 de marzo de 2012, siendo ponente de la causa el eminentísimo cardenal Angelo Amato, prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos. [...]

«Nosotros, acogiendo el deseo de muchos hermanos en el episcopado y de muchos fieles del mundo entero, tras haber tenido el parecer de la Congregación para las Causas de los Santos, tras haber reflexionado largamente y habiendo llegado a un pleno y seguro convencimiento, con la plenitud de la autoridad apostólica declaramos a san Juan de Ávila, sacerdote diocesano, y santa Hildegarda de Bingen, monja profesa de la Orden de San Benito, Doctores de la Iglesia universal, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo».